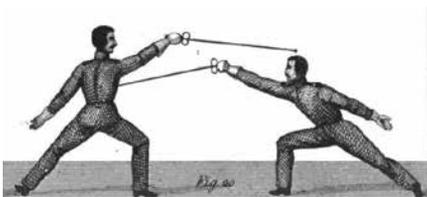


Es curioso que desde su muerte en 2011 me encuentro pensando en ella unas veces como Leonora y otras como Prim. Me gusta creer que las dos personas algún día se reconciliarán. Lo extraño sobre su obra, en tanto que se desterró y viajó por medio mundo para alejarse de nosotros, fue que su infancia y su familia fueron constante marco de referencia, a las que volvió una y otra vez en sus pinturas y escritos. Leonora recorrió un largo trecho para alejarse de Prim; y sin embargo, Prim le dio a Leonora material para toda una vida. Amarga ironía que con toda seguridad no se le habrá escapado a ella.

Y luego está la ironía de que yo, parte de la familia que ella dejó, terminara invirtiendo una década de mi vida tratando de abogar por su obra. Al final tal vez lo más importante que hice fue estar orgullosa de ella: orgullosa a nombre de todos nosotros, la familia que ella dejó atrás. También me gusta pensar que, si bien no tengo ningún derecho a afirmar esto en su nombre, restauré una pizca de su fe en un vínculo que ella trató de romper y al que estuvo inextricablemente atada. Esto otro lo sé de cierto: confió en mí (un sentimiento que ella no esperó sentir por ningún miembro de su familia) y yo confíe en ella. En su cocina en la Ciudad de México, al cabo de seis décadas del corte sísmico que la apartó de nuestra familia, reavivamos algo muy querido y significativo, algo que a ambas nos conectó gracias a las raíces compartidas.

La fábula de Edward Snowden

Edward Jay Epstein



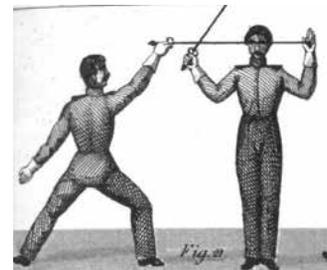
El primer título de Edward Jay Epstein, *Inquest: The Warren Commission and the Establishment of Truth* (1966), apareció cuando él tenía 31 años de edad y desde luego ignoraba que sería el primero de varios que dedicó al asesinato de John F. Kennedy. A partir de entonces vivió dividido entre el estudio, la enseñanza de ciencias políticas y el periodismo, época a la que pertenecen títulos como *Counterplot* (1968), *News from Nowhere*, *Television and the News* (1973) y *Between Fact and*

Fiction: The Problem of Journalism (1975). El llamado de la investigación y la escritura terminó por alejarlo del mundo universitario. Entre su copiosa bibliografía se pueden citar estos otros trabajos: *Agency of Fear: Opiates and Political Power in America* (1977), *Cartel* (trad. de Pére Rubiralta, Argos Vergara, 1980; título original: *Cartel*, 1978), *El mundo secreto de Lee Harvey Oswald* (trad. de Horacio Trejo González, Argos Vergara, 1978; título original: *Legend: The Secret World of Lee Harvey Oswald*, 1978), *Auge y caída de los diamantes* (trad. de Pilar Giralt Gorina, Argos Vergara 1984; título original: *The Rise and Fall of Diamonds: The Shattering of a Brilliant Illusion*, 1982), *Deception: The Invisible War Between the KGB & the CIA* (1989), *The Assassination Chronicles: Inquest, Counterplot, and Legend* (1992), *Dossier: The Secret Life of Armand Hammer* (1996), *La gran ilusión. Dinero y poder en Hollywood* (trad. de Jordi Beltrán, Tusquets, 2007; título original: *The Big Picture: Money and Power in Hollywood*, 2000), *The Hollywood Economist: The Hidden Financial Reality behind the Movies* (2010), *The Annals of Unsolved Crime* (2013), *The JFK Assassination Diary: My Search for Answers to the Mystery of the Century* (2013) y *How America Lost Its Secrets: Mr. Snowden, the Man and the Theft* (2017). Esta nota apareció en el *Wall Street Journal* del 31 de diciembre de 2016. Nota y traducción de Antonio Saborit.

El robo que realizara Snowden de las comunicaciones secretas de Estados Unidos más celosamente guardadas ocurrió en mayo de 2013, según la demanda judicial que fincaron en su contra los fiscales federales al mes siguiente.

DE TODAS LAS MENTIRAS que Edward Snowden ha dicho desde el hurto masivo de secretos que perpetró sobre la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por sus siglas en inglés) y su viaje a Rusia vía Hong Kong en 2013, ninguna de ellas resulta más provocativa que el aserto de que su intención nunca fue la de hacer espionaje y que sólo era un “soplón” que quería exhibir los excesos en el acopio de información de parte de la NSA. Mientras a la oportunidad de alcanzar el perdón para Snowden se le acaba el tiempo, este es buen momento para reseñar lo que sabemos en torno a su verdadera misión.

El robo que realizara Snowden de las comunicaciones secretas de Estados Unidos más celosamente guardadas ocurrió en mayo de 2013, según la demanda judicial que fincaron en su contra los fiscales federales al mes siguiente. En ese entonces, Snowden era un técnico de 29 años de edad que trabajaba como becario analista para la consultora Booz Allen Hamilton de la oficina regional de la NSA en Oahu, Hawaii. El 20 de mayo, tan sólo seis semanas después de que empezara a trabajar ahí, Snowden no llegó al trabajo y le envió un correo electrónico a su supervisor diciéndole que estaba en el hospital siendo sometido a una serie de pruebas de epilepsia.



El pretexto era falso. Snowden ni siquiera estaba en Hawaii. Estaba en Hong Kong. Había volado hacia allá con una provisión de datos secretos que había robado a la NSA.

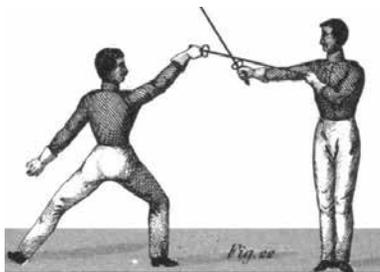
Ésa no fue la única mentira que dijo Snowden. Como fue quedando claro durante mi investigación en los tres pasados años, casi todos los elementos del relato que construyó Snowden, el cual encontró su reiteración final en la película de Oliver Stone, *Snowden* (2016), son demostrablemente falsos.

Este relato daba inicio poco después de su llegada a Hong Kong, en donde había acordado verse con Laura Poitras, cineasta dedicada a los documentales sobre residentes en Berlín, y Glenn Greenwald, bloguero de *The Guardian* residente en Brasil. Ambos periodistas tenían tiempo de ser muy críticos de la vigilancia de la NSA y Snowden había estado en contacto con ellos durante los cuatro meses previos.

Para darles primicias con las cuales desacreditar las operaciones de la NSA, Snowden sacrificó varios miles de documentos de su inmensa provisión de materiales robados, incluyendo dos documentos explosivos que les pidió usar en sus primeras notas. Una era la hoy famosa orden secreta proveniente del acta del Tribunal de Vigilancia de Inteligencia Extranjera pidiendo a Verizon que entregara a la NSA las facturas de sus usuarios telefónicos en Estados Unidos. La orden era una presentación gráfica de la NSA detallando su habilidad para interceptar comunicaciones de usuarios de Internet no estadounidenses vía un programa conjunto con el nombre clave de Prism, que le puso el FBI. Esos documentos se publicaron el 5 y el 6 de junio de 2013, seguidos de un video en el que él se identificaba como quien los filtró y dio aviso de su existencia.

En el centro del relato de Snowden estaba su afirmación de que, si bien habría podido “tocar” casualmente otros datos en su pesquisa en los archivos de la NSA, él sólo tomó los documentos que exponían la perversidad de la NSA y los entregó todos a los periodistas. Pero aun cuando el relato de Snowden se afirmaba en el dominio público, una evaluación secreta de los daños realizada por la NSA y el Pentágono contaba un relato muy diferente. Según un informe unánime desclasificado del 22 de diciembre por el Comité Permanente de Inteligencia del Congreso, la investigación mostró que Snowden “sacó” (no nada más tocó) millón y medio de documentos. Esta enorme cantidad se basaba, entre otras evidencias, en registros electrónicos que consignaron la selección, copia y extracción de los documentos.

El número de documentos hurtados es superior a los que los funcionarios de la NSA estuvieron dispuestos a reconocer en 2013 sobre la extracción de datos, posiblemente porque el comité del Congreso contó con el beneficio de la investigación



más amplia del Pentágono. Pero aun considerando tan sólo el material que Snowden entregó a los periodistas, el informe de diciembre del Congreso concluía que él había puesto en peligro “secretos que protegen a los tropas de Estados Unidos en el extranjero y secretos que proveen defensas vitales en contra de terroristas y Estados-nación”. Esto, afirmaba el informe, era “sólo la punta del iceberg”.

La investigación del Pentágono empleó durante 2013 y 2014 a cientos de funcionarios de inteligencia militar, trabajando de tiempo completo, para revisar el total del millón y medio de documentos. La mayoría no tenía nada que ver ni con vigilancia interna ni con delaciones. En su mayor parte eran secretos militares, como lo declaró ante la Comisión de los Servicios Armados del Congreso, el general Martin Dempsey, presidente del Estado Mayor Conjunto.

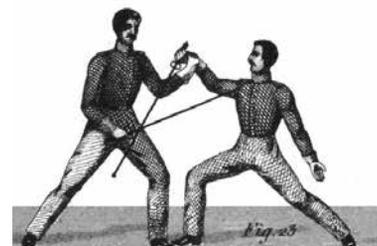
No fue la cantidad sino la calidad del hurto de Snowden lo que resultó más revelador. El robo de Snowden puso en riesgo documentos que podrían revelar el Nivel 3 en el juego de herramientas de la NSA —una referencia a los documentos que contienen las fuentes y métodos más importantes de la NSA—. Desde la creación de la NSA en 1952, Rusia y otras naciones adversarias han tratado sin éxito de penetrar el Nivel 3 de sus secretos.

Sin embargo, fue precisamente por estos secretos que Snowden cambió de trabajo para robarlos. En una entrevista en el *South China Morning Post* de Hong Kong el 15 de junio de 2013, dijo que buscó trabajo en la CIA con un contrato con Booz Allen, ganando menos aun, pues le dio acceso a listas secretas de computadoras que la NSA estaba interviniendo alrededor del mundo.

Es evidente que tuvo éxito. En una entrevista para *Vanity Fair* en 2014, Richard Ledgett, el ejecutivo de la NSA que estuvo al frente del equipo de evaluación de daños, describió un amplio documento tomado por Snowden, que de caer en malas manos, ofrecería un “plano de ruta” de los puntos que la NSA estaba o no cubriendo. El documento contenía las solicitudes de intervención en el extranjero para la NSA hechas por los 17 servicios de Estados Unidos en la llamada Comunidad de Inteligencia.

El 23 de junio, menos de dos semanas después de que Snowden soltara el video que ayudó a presentar su relato, salió de Hong Kong y voló a Moscú, en donde recibió protección de parte del gobierno ruso. En buena parte de la cobertura mediática que vino después, el destino final de estos secretos robados no era claro —si no, estaba totalmente oscuro para el público— por la afirmación, sin verificar, que Snowden estaba cuchareando a periodistas elegidos por él.

El 23 de junio, menos de dos semanas después de que Snowden soltara el video que ayudó a presentar su relato, salió de Hong Kong y voló a Moscú, en donde recibió protección de parte del gobierno ruso.



Snowden no podía no saber que el gobierno lo perseguía, toda vez que la demanda judicial en su contra, con fecha de 14 de junio, había sido titular en la prensa de Hong Kong.

En su relato, Snowden sostiene siempre que fue un “soplón” consciente de que le entregó todo el material robado a la NSA a los periodistas en Hong Kong. Ha insistido en que no era su intención escapar hacia Rusia, pero que se dirigía a Latinoamérica cuando el gobierno de Estados Unidos lo detuvo en Rusia en un intento por demonizarlo.

Por ejemplo, en octubre de 2014, le dijo al editor de *The Nation*: “Estoy en el exilio. Mi gobierno me quitó el pasaporte deliberadamente para dejarme en el exilio” y “eligió dejarme en Rusia”. Según Snowden, el gobierno de Estados Unidos logró esta celada al suspender su pasaporte mientras volaba luego de salir de Hong Kong el 23 de junio, obligándolo a permanecer en manos del régimen de Vladimir Putin.

Nada de esto es verdad. El Departamento de Estado invalidó el pasaporte de Snowden cuando aún estaba en Hong Kong, no después de que saliera hacia Moscú el 23 de junio. El “cónsul general-Hong Kong confirmó que las autoridades de Hong Kong fueron notificadas que el 22 de junio se revocó su pasaporte”, según el funcionario del Departamento de Estado, tal y como lo informó *ABC* noticias el 23 de junio de 2013.

Snowden no podía no saber que el gobierno lo perseguía, toda vez que la demanda judicial en su contra, con fecha de 14 de junio, había sido titular en la prensa de Hong Kong. Que el gobierno de Estados Unidos actuara en contra de Snowden mientras estaba en Hong Kong es de la mayor trascendencia para la relación de hechos, pues señala la participación directa de Aeroflot, una línea que el gobierno ruso controla. Aeroflot omitió sus procedimientos normales para permitir que Snowden abordara el vuelo a Moscú, aun cuando no contaba con un pasaporte válido ni con visa rusa, como dijo el 12 de julio de 2013, en una conferencia de prensa en Rusia, su nuevo abogado, Anatoly Kucherena.

Al afirmar que su pasaporte había sido invalidado una vez que el avión salió de Hong Kong —en vez de antes— Snowden tenía la esperanza de ocultar esta extraordinaria dispensa. El gobierno ruso más adelante reveló su ayuda, a juzgar por un informe en el diario ruso *Izvestia*, cuando, al llegar, un equipo de seguridad bajó a Snowden del avión en un “operativo especial”.

Tampoco tuvo nada de accidental. Vladimir Putin en persona autorizó esta ayuda luego de que Snowden se reuniera con funcionarios rusos en Hong Kong, según lo reconoció Putin en una conferencia de prensa para la televisión el 2 de septiembre de 2013.

Para ofrecer una cortina de humo a la escapatoria de Snowden de Hong Kong, WikiLeaks (una organización que el gobierno de Obama afirmó que era una herramienta de la



inteligencia rusa tras el hackeo del correo electrónico de los dirigentes del Partido Demócrata en 2016) hizo una decena o más de reservaciones a otros destinos para Snowden.

Julian Assange, el cofundador de WikiLeaks, así mismo, puso en un avión a Sarah Harrison, su encargada en WikiLeaks, rumbo a Hong Kong para pagar los gastos de Snowden y escoltarlo a Moscú. En síntesis, la llegada de Snowden a Moscú no fue ni accidental ni obra del gobierno de Estados Unidos.

El propio relato de Snowden afirma que llegó a Rusia no sólo con las manos vacías sino sin acceso a nada del material robado. En 2014 escribió en *Vanity Fair* que lo había destruido todo antes de llegar a Moscú —los mismos datos por los que tanto batalló para robar unas semanas antes en Hawaii.

Resulta que esta última afirmación es también falsa. La contradicen dos personas del Kremlin que estaban en capacidad de conocer lo que Snowden llevó consigo a Moscú. Uno de ellos, Frants Klintsevich, era el primer diputado presidente de la comisión de defensa y seguridad de la Duma (el parlamento ruso) en la época en la que desertó Snowden. “Seamos francos”, dijo en una entrevista grabada con la National Public Radio en junio de 2016: “Snowden compartió inteligencia. Esto es lo que hacen los servicios de seguridad”.

El otro era Anatoly Kucherena, un abogado de Moscú muy bien relacionado y amigo de Putin. Kucherena hizo las veces de intermediario entre Snowden y las autoridades rusas. El 23 de septiembre de 2013, Kucherena dio una larga entrevista a Sophie Shevardnadze, periodista de Russia Today (RT), canal de televisión.

Cuando Shevardnadze le preguntó directamente si Snowden había entregado todos los documentos que tomó de la NSA a los periodistas en Hong Kong, Kucherena dijo que Snowden sólo había dado “algunos” de los documentos de la NSA que tenía consigo a los periodistas en aquella ocasión. “¿De manera que él [Snowden] tiene materiales que aún no se hacen públicos?”, preguntó Shevardnadze. “Así es”, respondió Kucherena.

Esta revelación completó una parte crucial del rompecabezas. Explicaba por qué los documentos de la NSA que Snowden había copiado, pero que no entregó a los periodistas en Hong Kong —como la penosa revelación sobre la intervención de parte de la NSA del teléfono celular de la canciller alemana Angela Merkel—, siguieron saliendo a la luz después de que Snowden llegara a Moscú, junto con documentos de la NSA liberados vía WikiLeaks.

Como ésa era una discrepancia central en el relato de Snowden, fui a Moscú en octubre de 2015 a ver a Kucherena.



Durante nuestra conversación, Kuchereña confirmó que su entrevista con Shevardnadze era correcta y que Snowden había traído consigo a Moscú materiales secretos.

El relato de Snowden incluye también la afirmación de que a él no lo interrogó ni lo contactó ningún funcionario del gobierno ruso tras su llegada a Moscú. Esa parte del relato corre a contracorriente de los hallazgos de la inteligencia de Estados Unidos. Según el Comité Permanente de Inteligencia del Congreso, Snowden, desde su llegada a Moscú, “ha tenido contacto, y lo sigue teniendo, con los servicios de inteligencia rusos”. Este hallazgo es consistente con los usos rusos en los interrogatorios, según la descripción de exfuncionarios de la KGB con los que hablé en Moscú.

En diciembre de 2013, Snowden afirmó que guardaba secretos en su cabeza, incluyendo “acceso a todos los objetivos, a todas las operaciones activas. Listas completas de ellos”. ¿Podrían haber ignorado los anfitriones rusos de Snowden semejante oportunidad luego de que Putin autorizara su exfiltración hacia Moscú? Snowden, sin un plan de salida, estaba en la palma de sus manos. En estas circunstancias, Klintsevich señaló en su entrevista de junio con la NPR: “Si existe la posibilidad de sacar información, ellos [los servicios rusos de inteligencia] la aprovecharán”.

La transferencia de secretos de Estado de Snowden a Rusia no se dio en el vacío. La guerra de espionaje no concluyó con el fin de la Guerra fría; se desplazó hacia el ciberespacio. Incluso si Rusia no podía igualar los sensores, computadores y socios productivos de la NSA en los servicios de codificación de la Gran Bretaña, Israel, Alemania y otros aliados, logró nulificar la ventaja de la agencia estadounidense al obtener sus fuentes y métodos a partir de un solo contratista que tuvo acceso a documentos Nivel 3.

La inteligencia rusa emplea un solo término paraguas que abarca a quienquiera que le entregue inteligencia secreta; ya sea que la persona actuara por motivos idealistas, vendiera la información por dinero o no tuviera idea del papel que él o ella desempeñara en la transmisión de secretos, al proveedor de información secreta se le considera “fuente de espionaje”. A todas luces es una descripción laboral que le queda a Snowden.

